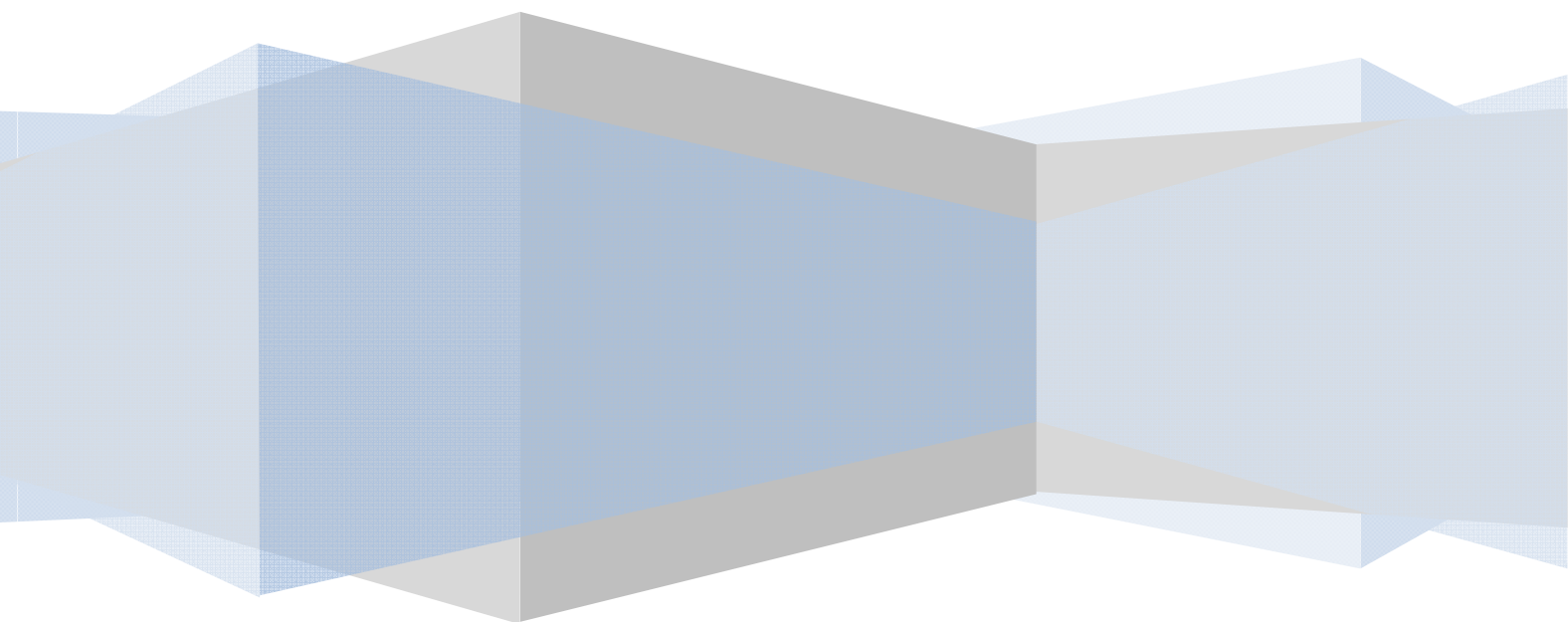


Fuego

RELATO BREVE

3º ESO



Cuántas historias hemos escuchado en torno a ellas, cuántas familias rotas a causa de pastillas, jeringuillas, cigarros... Cuánto dolor entre los que se quedan lamentando la pérdida, cuánta libertad perdida por aquellas personas que se ven atrapadas en sus poderosos brazos, que permiten que todos entren, pero escasas veces muestran el camino de vuelta. Para todas esas personas que no lo han conseguido, y para las que aún conservan algo de esperanza.

Andaba por la playa, rememorando viejos tiempos, tiempos felices... Tiempos en los que no hacía falta recordar el pasado para pasar buenos momentos, tiempos en los que la inocencia era el mejor de los regalos, pues luego se abren nuevos ojos, ojos adultos, que permiten ver más allá de ese precioso mundo, que nos muestra la cruda pero existente realidad. A veces impacta con nosotros de manera que nos mostramos incrédulos ante tales injusticias o algunas actitudes realizadas por personas de manera inhumana... El sonido de una ola rompiendo en la dorada arena me devolvió a la realidad, pero por poco tiempo, puesto que era imposible volver a internarse en el inmenso mundo de los recuerdos. Así que, de nuevo, puse rumbo a mi mundo interior, mi mundo pasado. Todo se remontó hasta la añorada edad en la que ni somos del todo adultos, ni ya somos niños, la edad mala para algunos, la más bella para otros...

Aterrizo en el recuerdo al igual que una nave espacial en la desierta superficie de la Luna. Miro desconcertada a mi alrededor, todo está aún muy confuso por la reciente caída. Cierro los ojos con fuerza y los abro, parpadeando varias veces; al abrir los ojos, me ciega una extraña y potente luz anaranjada, y giro la cabeza para huir de ella. Una vez que lo consigo, mis ojos me permiten reconocer la figura del castillo recortada tras los últimos haces de luz del día, mientras una suave brisa marina me acaricia el cabello, ondulándolo a placer. Algo dentro de mí me empuja a correr, y lo hago, corro, corro, cada vez más rápido. En un momento dado, mis piernas se deciden a parar, y descanso. Miro al cielo y me distraigo un momento maravillándome con los centelleantes farolillos que cuelgan del cielo, reconociendo una constelación: Orión. Esta constelación me hace recordar un día en concreto en el que aprendí a reconocer este grupo de estrellas, en el que eché de menos a una persona más que nunca: estaba tan lejos de ella... Desde ese día, cada vez que miraba al cielo y veía ese hombre con su arco, decía su nombre en voz baja, recordando junto con ese grupo de sonidos, todos y cada uno de los días que habían pasado desde entonces, los increíbles años que podía compartir con él... Pero también recuerdo lo cerca que está su casa, su voz, sus besos, su calor... Ahora me hace más falta que nunca estar allí. Mis piernas vuelven a ponerse en marcha, y no se detienen, hasta que mis ojos ven esa calle que me resulta tan familiar, tan cercana, tan amiga. Ahí está su portal, contengo el aliento y llamo al 3º, mas algo en mi interior me avisa de que allí no estará. De nuevo, una imagen golpea mi mente, me hace sentir impotente, al igual que un rayo cae en un árbol, y este no puede hacer nada, porque se encuentra atado a la tierra. No puedo evitar que un escalofrío estremezca mis sentidos, y entonces no consigo controlarme: la idea de volver a encontrarlo en ese maldito lugar, junto con otras personas a las que quiero, haciéndolo... Cogiendo ese maldito objeto, esa dichosa pastilla blanca; y sin pensar en sus consecuencias. Me angustio, se me seca la boca, siento un frío interior indescriptible, que me avisa de que algo, nuevamente, no está yendo bien, de que se está alejando, de que ya nada le importa... Trato de organizar mis ideas un poco, lo suficiente como para encontrar la calle que me conducirá hacia ese maldito lugar. Tengo la sensación de que, por mucho que mis piernas se esfuerzen, esa velocidad no es suficiente como para poner remedio, alguna voz con origen en mi corazón me dice que todo ha vuelto a comenzar, que ya lo estará haciendo de nuevo, y grito su nombre por todas partes, deseando que aparezca su rostro por cualquier calle, menos por esa que se repite en mi mente como una escena de

una película de terror demasiado real. <<Por favor, por favor, ahí no, ahí no>>, se repite el eco de mis palabras en mi mente una y otra vez, mientras trato de mantenerme con las fuerzas suficientes como para llegar a ese sitio y enfrentarme a... a... a lo que pueda encontrarme allí, o más bien, a como pueda encontrármelo allí. Casi he llegado a la plaza cercana al local, cuando escucho a un grupo de personas comentar algo de un joven en un bar abandonado... No... No... ¡NO! Ya estoy en esa calle, y la aglomeración situada en la entrada confirma mi peor temor: se ha repetido la pesadilla. Me abro paso angustiada entre la multitud y encuentro a cuatro jóvenes conocidos. Los miro con rabia, con incredulidad hacia su actitud impasible. No me creo que estén tan tranquilos ante el suceso, como si fuera cotidiano que eso sucediera.

-¿Qué ha hecho? ¿QUÉ HABÉIS HECHO? ¿Por qué lo habéis permitido? – Mis ojos irradian lo que mi ser siente en lo más profundo, la impotencia ante tal increíble situación, mientras los cuatro guardan un silencio demasiado frío y miran al suelo. Sacudo la cabeza, rindiéndome, y sigo avanzando entre la gente, recorriendo el pasillo. Grito, digo que llamen a una ambulancia, que me dejen sola, y poco a poco el local se va liberando de gente. Allí está tirado, con los ojos cerrados...

-¡Cristian! ¡Cristian!

Me arrodillo, mientras las lágrimas deciden deslizarse por mis mejillas, y lo cojo por los hombros, tratando de que recupere la conciencia, pero es imposible. Creo que ya todo está perdido, que esta vez es la decisiva, que jamás volveré a mirarle a los ojos, nunca podré volver a besarlo... Cojo un vaso, lo lleno de agua y lo vierto en su rostro, rostro de perfectas facciones que consiguió enamorarme el primer día en que le vi...

-Por favor, por favor, despierta, despierta... Hazlo por nosotros...

De repente, una fuerza invisible me arrastra hacia el exterior, y por mucho que lucho con ella, que trato de permanecer con él en este terrible momento, no puedo hacer nada, y me alejo de allí tal y como había llegado. Cuando llego al punto de partida, todo a mi alrededor se oscurece, y siento como si girara a mucha velocidad, me mareo y pierdo la conciencia.

Me despierto en una cama que, en un primer momento, no reconozco. Vuelvo a cerrar los ojos, tratando de recordar algo que me haya llevado hasta allí. Mi mente parece no querer colaborar con mi voluntad, así que pongo un pie tras otro en el suelo, espero un poco y me levanto. Miro algo confundida hacia mi alrededor, y salgo de la estancia dispuesta a averiguar dónde estoy y qué ha sucedido. Bajo unas escaleras hasta la planta baja, llegando hasta la puerta de entrada de la casa en la que me encuentro. Parece ser aún de noche, puesto que hay poca luz en esta parte de la vivienda, y los muebles proyectan en el suelo tétricas sombras que simulan bailar al paso de los coches en la calle. Me apoyo en el picaporte del portón y abro, ansiosa por ver lo que me espera al otro lado de la pared... La carretera por la que a veces unos coches se desplazan, y al otro lado un denso bosque. Miro hacia el cielo: hay algunos indicios que muestran que, poco a poco, la luz del Sol va haciéndose paso entre las sombras, venciendo la oscuridad. Este mensaje lo capto como

una señal para ser optimista y comenzar bien este día, aunque aún no sepa ni dónde estoy ni qué voy a hacer... Escucho un crujido seco tras mi espalda, y un aliento frío me hiela la espalda y provoca que se me erice el vello. Me giro despacio, encontrando un rostro muy cerca del mío, rostro cansado por los años, que me resulta demasiado familiar... ¿Mamá? Es mi madre, pero... ¿qué le ha sucedido? Parece mucho mayor, y eso sirve para que se active algo en mi mente, y una pregunta comienza a rondarme por la cabeza: ¿Qué día es? ¿Cuántos años tengo ahora? Supuestamente, debería saberlo, pero intento recordarlo y mi memoria me contesta con un vacío demasiado extraño.

- Mamá... ¿qué te ha sucedido? Y... ¿qué día es hoy?
- Sólo iba a la cocina, a por un vaso de agua... He tenido una extraña pesadilla. Hoy... es 17 de julio de 2026, ¿por qué? ¿Es el cumpleaños de alguna amiga tuya?

Intento articular alguna palabra, o al menos algún sonido, pero se niegan a salir de mi garganta. Mi madre tiene 60 años... ¡Y yo 29! Pero... ¿Qué ha sucedido? Me parece que los años han ido amontonándose en mi espalda, y antes de darme cuenta, he visto casi que he pasado de los 16 a los 29... 13 años vividos tan rápido... Empiezo a tener una vaga idea del pasado: juraría tener ya una casa propia, pero si es así, ¿qué hago en casa de mis padres? Necesito averiguarlo.

- Mamá, ¿has visto las llaves de mi casa?
- Sí, las dejaste en tu cuarto anoche, junto a tu ropa. ¿Quieres... volver allí?
- Es que necesito coger un par de cosas que olvidé... Pero luego vuelvo para almorzar; espérame, ¿vale?
- Pero, niña... ¿Estás ya preparada?
- ¿Por qué? ¡Ah! Debo cambiarme- supongo por instinto que aún está algo dormida, pero que tiene razón.
- Bueno, ya sabes, estoy al teléfono por si... Necesitas que te ayude en algo.- Me da un beso en la frente y se marcha al dormitorio.

Estoy algo confusa, puesto que no creo que vaya a hacerme falta ayuda, sólo iré a por un par de camisetas, seguramente... Y a buscar respuestas, pues es el único modo que encuentro para refrescar mi memoria. Subo las escaleras, me visto, cojo un par de cosas (y las llaves de mi supuesta casa) y salgo de la casa. Me meto en el coche (¿desde cuándo sé conducir?), pero cuando me dispongo a arrancar, algo cruza mi mente: ¿dónde está mi... casa? ¿En qué ciudad me encuentro? Sólo puedo averiguarlo... Arrancando y saliendo de aquí, para investigar adónde me llevan estas carreteras...

Conduzco atravesando un solitario bosquecillo, absorta en mis pensamientos: no paro de recordar las palabras de mi madre... ¿Por qué estaría tan preocupada, cuál era la causa de esa actitud tan enigmática? Cuando vuelvo a la realidad, veo que mi instinto, más que mi razón, me ha guiado hacia una casa, y que incluso ya he parado el coche. Suspiro, ya resignada a esta amnesia, salgo y me dirijo a la entrada. Abro la puerta sigilosamente, intentando divisar algo desde este punto, pero en el interior de la vivienda la luz escasea. Entro a tientas, buscando algún interruptor, esperando ansiosamente el momento de

visualizar ese espacio tan lleno de respuestas, pero tan vacío a mis ojos, cuando mis dedos tropiezan con uno. Lo acciono y tengo que taparme la cara, pues hay demasiada luz. En pocos segundos consigo adaptarme, abriendo los ojos poco a poco; así logro que las borrosas siluetas del mobiliario cobren forma. Avanzo despacio, mirando a mi alrededor: nada fuera de lo común, unos muebles típicos de una casa normal, nada fuera de lo corriente. Subo las escaleras, llegando a una habitación amplia, con una cama de matrimonio... ¿Eso significa que estoy casada? Recorro el lugar con la mirada y me acerco a una cómoda en la que hay numerosas fotos, que van despertando en mi interior una extraña sensación de angustia. Ese hombre que aparece en tantas fotos... ¡Cristian! Lo conocí hace 14 años, era tan... increíble... Ahora veo con esos mismos ojos adolescentes a ese chico, a esos días con él; las imágenes se suceden en mi retina tal y como si estuvieran volviendo a suceder nuevamente... Pero se paran en una: un hospital, una habitación, observo impotente cómo un grupo de médicos intentan afanosamente rescatarlo de un nuevo paro cardíaco, una gran cantidad de tubos entran en su cuerpo, hasta que los médicos lo desconectan, salen y me dan la noticia: eso fue lo que sucedió ayer... ¿Por qué tuvo que probar... ese veneno? Lo mataba sin piedad, silenciosamente, mientras dormía junto a mí, mientras decía que me quería... Mientras me lo decía, una amante sigilosa, mortalmente querida por él, entraba en su vida, apartándolo de la mía y de la suya propia, provocando daños irreversibles... Estallo en un sollozo profundo, tanto que se me encoge el alma a cada nueva recaída. Caigo al suelo, vencida por los malditos recuerdos, y formo un ovillo, intentando protegerme de la absurda realidad que golpea todo mi cuerpo. Cierro los ojos: quiero creer que todo ha sido una pesadilla de una noche cualquiera, una agria noche, pero la verdad está demasiado cerca...

El Sol ya se ocultaba en el horizonte para cuando dejé de recordar, debía hacerlo, para seguir adelante. Llegué al cementerio, y busqué a alguien a quien debía decirle algo. Cristian López García. Coloqué un par de conchas encima, recordé esos maravillosos días que viví junto a él, y susurré, con la misma delicadeza con la que se tratan a unas bellas rosas recién cortadas:

- Te quiero.

Entonces, canté algo que recordaba: era una canción que escuché a esa preciosa edad, la cual ya comprendía perfectamente, y me maldije por tener que cantarla allí, en ese lugar y en esas circunstancias.

*Fuego, le alumbra el fuego,
Que bajo el papel de plata
Va calentando el veneno,
Que sin freno y sin perdón la mata.
Fuego, le alumbra el fuego,
Sus ojos vi yo rotos
Esos ojos que de niño,
Solamente con un guiño,
Mi corazón volvía loco.
Sentada en su escalón,
En su oscuro rincón,*

*Quién sabe en qué planeta,
Va de galaxia en galaxia,
Sin distancias ni maletas...
Y aunque su madre rezaba
Porque a su niña se le acabara
La maldición que la consumía,
Ni un santo bajó del cielo
Después de escuchar sus ruegos
Para aliviar su agonía.
Pero yo sé por mi mismo
Que cualquiera en mi barrio
Pudo haberse caído a aquel abismo.
Mil veces quiso salir
De aquella vida infeliz
Pero su fuerza se agotó con cada intento.
Y ahora cuando paso por su calle
Si me ve vuelve a guiñarme
Y grita desde la esquina
Ole los niños bonitos,
¡Ay! Quién pudiera volver atrás
Y vivir la vida,
Vivir la vida.*